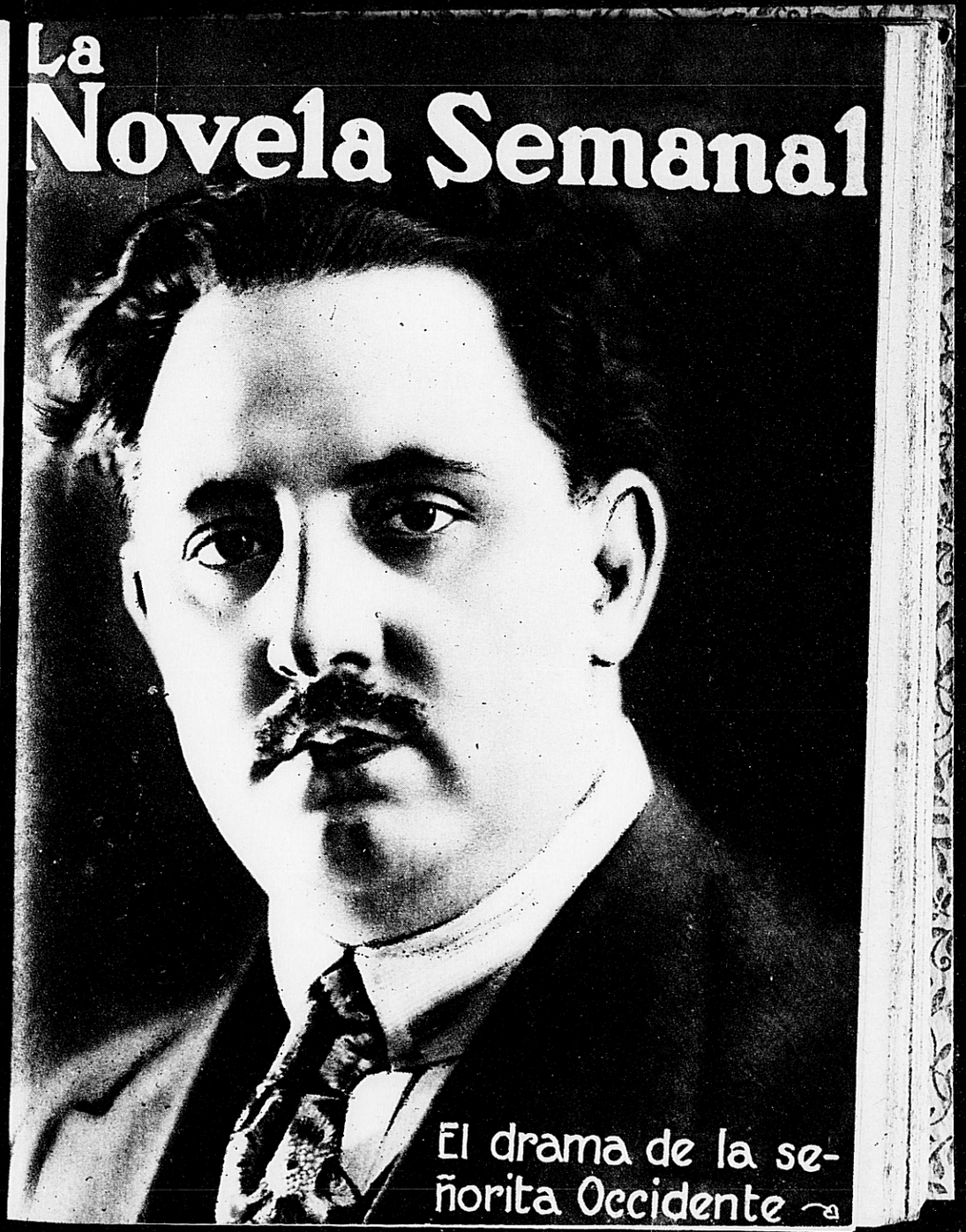
PUBLICACIONES
DE
Prensa Gráfica

La Novela Semanal



El drama de la señorita Occidente ↝

47/1109524

LA NOVELA SEMANAL

AÑO I — 10 DE SEPTIEMBRE DE 1921 — NÚM. 12

El drama de la Señorita Occidente

Novela de A. Hernández-Catá

(ILUSTRACIONES DE ECHEA)

PRENSA GRÁFICA
HERMOSILLA, 87 - MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

El drama de la Señorita Occidente

I

No sería fácil averiguar cómo logró el grupo de filipinos entrar en las reuniones de los señores de Jimeno. Por aquellas reuniones, sin duda algo cursis, donde se repartía té, se recitaban versos, se jugaba á las prendas y se practicaban innúmeras variedades del arte coreográfico, los tipos masculinos se sucedían con tal rapidez y originalidad, que, caso de tratarse de un solo individuo, establecer el proceso habría sido imposible, pues hubo algunos que llegaron solos, seguros de su audacia y de la lenidad y las dudas que suscita el tumulto; pero aquel grupo tan compacto por los caracteres de raza, por la untuosidad de la cortesía, por la prodigalidad y la riqueza, no pudo surgir sino mediante una presentación formal. Fué Carlos Ripoll quien los presentó; mas á los pocos días, puesto en último plano por

los mismos que lo adularon para obtener el favor de penetrar en la casa, se retiró y les dejó libre el campo de aquellas batallas, mitad gastronómicas, mitad galantes, combatidas en torno de la mesa del comedor y de la señorita de Jimeno.

¿Y cuál debía ser el general de aquel grupo que, poco á poco, expulsaba á los contrincantes sin esgrimir otras armas que la sonrisa y las reverencias? ¡Ah! ¡Tampoco hubiera sido sencillo discernir el jefe entre los cinco hombres por igual enjutos, por igual oliváceos, idénticos en el oblicuo rasgado de los ojos y en el rígido esmero con que vestían las ropas europeas! De haber sido una contienda científica, de seguro resultaría electo el doctor Aréjola, sabio incansablemente estudioso, metódico y penetrante como un tornillo; de haberse tratado de una pugna comercial, el caudillaje habría fluctuado entre Emilio Sakira y Yun Sent Koma, ambos ahincados de sol á sol sobre los pupitres de una casa de banca cual si no fueran ya inmensamente ricos. Pero la contienda en aquel ambiente de despreocupación juvenil, sin otros intereses que el alegre cruce de sexos, no podía tener los caracteres agrios de las batallas militares ni de las económicas. A lo sumo, llegaba á adquirir ese encono, quizá más violento aunque oculto en sedosidades, característico de las contiendas del amor. Y, en ese caso, ¿no era igualmente ridículo investir con la suprema jerarquía al obeso Do-



minico Acayan, lento y materialista aun en su raza sobria y casi desmaterializada, que dar la primacía al más joven de todos, Li Hing Ming, cuyos ojos pajizos parecían posarse con igual admirativo estupor en las cosas baladíes y en aquella maravilla viva, sonrosada y túrgida que se llamó María Luisa Jimeno hasta que ellos la bautizaron con el nombre, caprichoso á primera vista, de *la señorita Occidente?*

La casa de los Jimeno era conocida en Barcelona por sus reuniones de los sábados. Casi ricos, el matrimonio estaba separado por la caducidad del padre y el ansia, ya un poco ridícula, de su juventud, perenne en su esposa. En paseos y tea-

tros la hija era conocida por su belleza, y entre los amigos por su afán de no parecer vulgar; así que la invasión de filipinos fué sonrientemente considerada. Durante las primeras visitas ninguno pareció destacarse: eran como los cinco tentáculos de un pulpo, y los menos observadores no consiguieron nunca diferenciar del todo sus sonrisas, sus repentinos apretones de manos, hasta sus palabras donde las erres se convertían en eles y se detenían morosas entre los delgados labios sin sangre.

Sobre las caras ictéricas, la falta de barba y el anguloso trazado de la mandíbula, establecía un signo común que lo mismo sugería ideas de juventud que de una remota vejez; y el amarillo de sus ojos aconsonantaba tan bien con el de sus dientes, que, hasta cuando parecían más serios, al interlocutor se le antojaba verlos sonreir burlones con el azufrado mirar. Los asiduos á la reunión pretendieron hacer burla de ellos sin lograrlo. No sólo no tenían miedo al ridículo, sino que sonreían ante él con desprecio. En esta múltiple aptitud para recibir los dardos de la antipatía y para agobiar con el helado desdén de diez pupilas y de cinco bocas, toda dañosa intención, radicaba su predominio. De nada sirvió á sus enemigos buscar en la repetición mecánica de sus actitudes motivos de mofa. Los contertulios, que llegaban siempre un rato después, á pesar de proponerse llegar antes, hubiesen que-



rido encontrarlos con sendos ramos de flores, como en un coro de opereta, ó siquiera en una de esas posiciones equívocas si se trata de un individuo, cómica en dos é irreparablemente grotesca en varios; mas la semejanza no adquiría en ellos caracteres bufos: dijérase que la fraternidad interna de raza, que obligaba á pensar en un pacto secreto de los nervios, de la sangre y de los espíritus, sobreponíase al parecido físico sugiriendo ideas de respeto, casi de temor, y borrando de las bocas la gana de reir.

En los primeros días de tratarlos, los señores de Jimeno y su hija parecieron gozar por igual de aquel aroma exótico. Quien se fatigó antes fué el padre: aquellas imperturbables caras no hacían ante la enumeración de sus antepasados ni de sus méritos de coleccionistas de antigüedades un poco viejas nada más, el hipócrita gesto de pasmo necesario á su vanidad pueril. La señora tardó un poco de tiempo en confesar su cansancio, pero también debió sentirlo pronto: bella aún, alimentaba, tal vez sin darse cuenta, secreta rivalidad contra aquella hija que, saliendo de pronto de las fronteras inofensivas de la niñez, habíase hecho mujer casi de súbito, sin otra razón que la de echarle en cara sus años y obscurecer su hermosura de otoño con esa gracia primaveral á la vez suave y fuerte, que es la más corta y la más intensa de las mercedes celestiales. Cuando á la hora de la reunión sonaba el

timbre con aquel vibrar corto, tímido, semejante á un gesto de cualquiera de los cinco asiáticos, el anciano hendía la testa entre el álbum de sellos; de la boca de la madre derramábase, nublándole el rostro, una resignada acritud; y María Luisa sonreía..., sonreía con las violetas de los ojos, con el pelo leve y dorado, con la carne elástica y lechosa donde encendía el rubor brillos nacarinos, con los hoyuelos de las mejillas, y con las manos activas siempre, cual si temiesen que la quietud descubriera mejor su ansia de ser acariciadas ó de acariciar.

El timbre tornaba á sonar algo más conminatorio, y el padre decía en un suspiro:

—¡Lástima que haya dejado de venir Ramoncito Echarte!... Es un chico de lo más inteligente... Con él sí se podía hablar de todo.

—¿De todo?... Sí, sí... El poco de Geografía que aprendía para ayudarte á colocar los sellos, se le olvidaba en el ascensor—bromeaba María Luisa.

—En todo caso—terciaba la madre—, es un muchacho distinguido, no un tipo de museo antropológico.

—Lo que es de museo, no. En su vida vió uno el infeliz.

Y las palabras femeninas adquirían tal presión de cólera, que el viejo alzaba la vista sorprendido, inquieto.

Por debajo del vínculo maternal y filial, per-

cibíase entre las dos almas de mujer una relación menos casual y más honda. La hija podía sacrificarse por la madre; la madre se podía enternecer y encontrar el ubérrimo gesto de la abnegación maternal en cuanto la hija estuviese disminuída por el dolor; pero de la mujer madura á la mujer joven, el sentimiento de la amistad no era posible. Ambas se miraban frente á frente, y la menor concluía por deponer el doble rayo de sus ojos bajo la gravitación de ese atavismo multisecular que da á quien nos ha llevado en las entrañas despótico derecho sobre nuestro deseo y nuestra razón. Y sin ese prejuicio, ¡en cuántos hogares cuántas veces surgiría el drama!

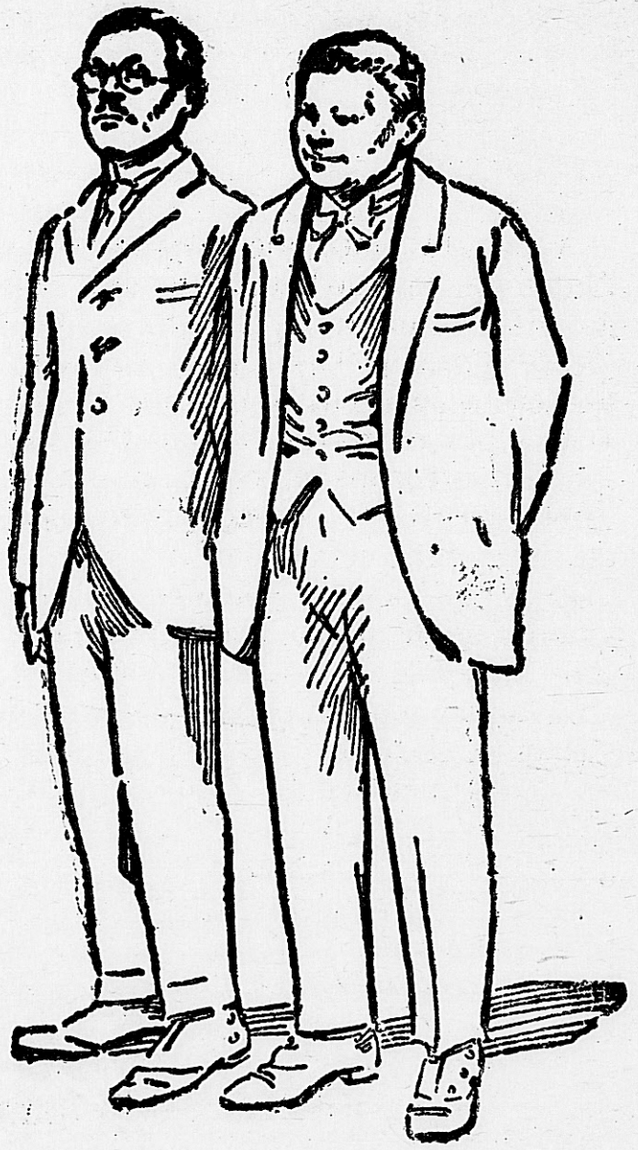
En el instante en que el diálogo iba á despeñarse sobre la violencia, la mano congestionada de una sirviente alzaba el portier, y el estupor y la cólera eran suplantados en los tres rostros por la hipócrita sonrisa de la urbanidad. Las cinco figuras rígidas de los filipinos penetraban en el salón.

Un instante aún, la tirantez interior subsistía y el tono de las frivolidades adquiría dejos raros. Mas poco á poco infiltrábase en los ademanes y en las palabras algo cordial. La música ya melancólica, ya alegre, diluía suavidades en los espíritus. La fuente de plata llena de frutas, colocada en el centro de la mesa, esparcía durante los silencios fragancia balsámica é incitaba al sosiego

con sus colores tenues. El señor Jimeno concluía por atraer hasta su escritorio á uno de los cinco —casi siempre al obeso Acayán—, y entonces durante mucho rato, hablase ó callase, permaneciese quieta ó fuera á distraer su turbación pasando el marfil curvo de sus dedos por el marfil angular de las teclas, de los diez ojos pajizos, hasta María Luisa, trazábanse diez caminos de admiración, de adoración. Esto había ocurrido muchas veces sin que las palabras se atrevieran á comentarlo; mas aquella tarde en que una llovizna abrileña arrancó misteriosos efluvios al jardín, el más joven de los filipinos dijo:

—María Luisa, es usted... la señorita Occidente.

Y ella, que estaba de espaldas al balcón, vió al volverse tan unánimes sonrisas en los cinco labios hirsutos, que no supo á quién dar las gracias por aquel requiebro inesperado y un poco turbador.



II

Y para los cinco orientales María Luisa era la síntesis radiosa de la raza en cuyo seno azares de la vida y ansias de cultura habíanlos traído desde el archipiélago lejano. No la miraban con la vehemencia sensual con que la contemplaban los demás contertulios, sino con una seriedad atenta, preocupada, como si considerasen un problema. Su tez rubia, sus vivos ojos claros, su turgencia proporcionada y ágil, los vestidos casi siempre leves y pomposos que parecían una sonrisa de su cuerpo, maravillábanlos; y cuando, por cualquier causa, desgranaba su risa—una risa larga y musical entre dos filas de dientes perfectos—, se hacían entre sí menudos ademanes de inteligencia, cual si estuvieran ante una obra de arte.

—Debieran nombrar profesora de risa á la señorita Occidente.

—¿Cree usted?... ¡Ja, ja, ja, ja!

—La señorita Occidente es una lección viva de belleza.

—Exagera usted, señor Li.

—Déjalos, mamá; ya sé que exageran, pero déjalos.

Y la risa volvía á llenar la sala; y temblaban los finos cristales sobre la consola, y del lejano rincón se alzaba la testa macerada del padre, y un pliegue torvo hundía la frente de la señora de la casa, y en las cinco fisonomías amarillas, sin cambio perceptible de las facciones, reflejábase una alegría honda que hacía pensar en ese brillo interno que llega desde el centro hasta la superficie de la perla y que ante los ojos inteligentes jamás se confunde con el vidrioso barniz de la imitación.

Uno entre los cinco, el más joven de todos, el de prosapia más pura también, pues sus ascendientes coreanos jamás cruzaron su sangre con razas mixtas, daba á su adoración acentos que lentamente escaparon de la uniformidad colectiva. Li Hing Ming, á quien todos llamaban, para abreviar, Li, era de familia ilustre y había venido á Europa muy joven; abatidos por tristes mudanzas de fortuna, sus abuelos emigraron de Seul á Luzón, donde, olvidadizos de la estirpe y acuciados por el imperativo de la vida, se hicieron negociantes. En las peripecias del negocio conocieron á un catalán que los indujo á enviar á Barcelona á Li, á pesar de las protestas de un antiguo criado, déspota familiar que estimaba la milenaria nobleza de la casa sobre todos los tesoros del mundo. Tras cinco años de internado, Li salía para pasar una época de asueto y estudio de costumbres antes de regresar á su país. Según de-



clan, era muy rico é hijo único. Muchacho espigado, taciturno, de movimientos breves, frente meditativa é ideas raramente expresadas, ninguno de sus amigos parecía dominarle; y sólo el doctor Aréjola ejercía sobre él un influjo más hijo de la amistad que de la edad. Cuando las amigas de María Luisa oían hablar de la inmensa fortuna de Li, le decían con ese utilitarismo sin rubor de algunas jóvenes:

—Chica, no debías pensarlo: es un excelente partido.

—Por lo pronto, tiene dos cosas buenas: que no se parece á ninguno de mis pretendientes y que no le gusta á mamá.

Tal vez de estas ideas negativas nació su inclinación hacia él. Constreñida en la doble limitación de la burguesía y del sexo, su alma, llena de ímpetus, se forjó la quimera de que separándose del tipo común propuesto por las circunstancias, y contrariando la voluntad materna, realizaba el milagro de elegir. La madre, por su parte, tuvo no se sabe si la torpeza ó la terrible habilidad de oponerse con violencia irónica. No hubo frase de burla, alusiones al mono, reticencias y diatribas que no esgrimiese. Y el duelo quedó planteado así. Detrás del preferido los cuatro filipinos formaron un grupo adicto; dóciles á la vanagloria de las razas impuras, personificaron en la mujercita bella y frágil la idea de un baluarte del orgullo occidental que podía

ser conquistado por uno de los suyos; y supieron contaminar de halagos el alma hermética del mancebo y transfundirle el gusto de todos por María Luisa, y excitarle con los obstáculos y hasta engendrar en su voluntad, ya que no en sus sentidos, esa ansia posesoria que tantas veces suplanta al amor.

La época propicia á la crisis, la cercana mayoría de edad de Li, se avecinaba; y en el grupo de relaciones de la familia Jimeno crecía la atención malévola que precede á los desenlaces. Nadie supo las artes que coadyuvaron á que Li saltase sobre el permiso de sus padres. Fué un noviazgo extraño; dijérase que no eran novios para satisfacerse ellos, sino para contrariar á los demás. Al quedarse á solas con él, María Luisa sentía un desasosiego que la impulsaba á mirar á todas partes con tal de no fijarse en la mirada aguda, que la envolvía, la hería, la justipreciaba á modo de un tesoro insensible del cual pronto fuese á adueñarse.

—No me mires así—decíale á veces.

—Me gusta mirarte... Te veo también por las noches, en sueños. Habla tú, no importa de qué... Y sobre todo, ríete, ríete.

Ella entonces se reía; mas no con la risa luminosa y cromática, sino con una risa seca, difícil. Y cuando algún extraño entraba en la habitación, sin darse cuenta, se inclinaba hacia él en ese gesto ansioso del amor que no le salía del ins-

tinto ni de los sentidos, sino de una forma obscura del cálculo ó de la vanidad.

Bien pronto confirmóse la noticia de que no había hipérbole en considerar fabulosamente rico al filipino, y entonces muchas de las incomprensiones—la de las madres y parientes sesudos de las amigas de María Luisa—cesaron; pero las de las amigas románticas no acabaron de reducirse. Aun las que consideraban el matrimonio meta para llegar á la cual todos los caminos eran buenos, sentían al ver acercarse al hombrecito amarillo repugnancia medrosa. Las pasionales eran las más violentas. Eulalia Apodaca, que había tenido durante dos primaveras una admiración secreta por el hércules de un circo, decíale:

—Por nada del mundo me casaría con él. Me parecería que iba á desteñir.

Y Aurora Argüelles, morena corpulenta, de fundidas cejas y palpitantes labios que sugerían imágenes de carnicería, agregaba:

—¡Y con aquellas manitas menudas y aquellos brazos de alambre que no deben poder abrazar bien!... ¡Qué asco!

Estos comentarios llegaban siempre á María Luisa agravados por la malevolencia, y espoleaban su terquedad. Cuando Li cumplió los veintitrés años, ya el plano inclinado de aquellas relaciones semipopulares en Barcelona no podía conducirlos á otra solución que al matrimonio. Con aparente mansedumbre él accedió á pasar

por las exigencias externas del catolicismo. Algunos días antes de la boda, al devolverle el espejo la maravillosa visión de su figura, María Luisa recapituló con claridad casi ajena á ella las etapas de su noviazgo sin amor, y tuvo miedo, lástima de sí misma, arrepentimiento casi. En su mente, á modo de balanza pesadora de probabilidades de dicha, aparecieron, de un lado, la figurita enigmática del novio, y del opuesto su propia juventud, su atractivo físico, su bienestar suficiente á no obligarla á considerar el matrimonio como una profesión para ganar la vida... Y dudó por primera vez si aquel interés, más curioso que pasional, que sentía por Li no sería planta de otro clima distinto al del amor, opuesto al del amor, cuya imagen única vivía en su conciencia merced al instinto y en su recuerdo por el de algunas novelas y obras de teatro. De haber sido en aquel instante huérfana, y de haber vivido sola, sin amigas que pretendiesen disuadirla y sin ojos extraños que la examinaran burlones, de seguro habría escrito á Li, falta del valor preciso para enfrentarse con él: «No puedo ni quiero unirme á ti... Casi no me pareces un hombre... No me imagino cómo se puede vivir á tu lado, dormir á tu lado, tener un hijo tuyo... Sólo te concibo en una pantomima... Perdóname si te hice caso por tedio, por parecer original...» Mas en aquel momento entró su madre, se sentó en una butaquita baja, taconeó cerca de un mi-

nuto, sin darse cuenta de que las nubes que nublaban la belleza de María Luisa eran de hondo dolor; y ya el silencio era eléctrico y hostil, cuando dijo:

—Me había propuesto no ir á la boda, pero por no contrariar á tu pobre padre...

—Haz lo que quieras.

—Iré, aunque muerta de vergüenza y de rabia. Para mí, óyelo bien, es como si te suicidaras, como si hicieras algo monstruoso... ¿Quieres que te lo diga de una vez? Pues preferiría verte hecha una cualquiera con un hombre de tu raza á entregarte á ese orangután flaco, que, para colmo de ignominias, es menor que tú. ¡Ah! ¡Si tu padre no hubiera sido débil y nos hubiéramos opuesto!

—Habría sido lo mismo.

—Aún hay conventos donde encerrar locas.

—¡Pruébalo!

Y las dos de pie, frente á frente, se quedaron un rato con las miradas cruzadas igual que dos armas. La madre, al fin, bajó los ojos y sonrió.

La boda se efectuó á fines de Octubre, en una capillita aislada de la Catedral. María Luisa estaba admirable bajo el velo nevado; y junto á ella, rígido dentro del frac, lívido por el resplandor de las luces, el novio escuchaba sin pestañear los latines del sacerdote. Muy cerca, en bisbiseante piña, los íntimos seguían la ceremonia, y, algo separados, con las caras cetrinas alargadas por la emoción, cual si fueran gigantescos cirios de llama opaca, los cuatro compatriotas de Li destacaban sus serias sonrisas de orgullo. Al salir del templo, alguien del pueblo lanzó una cuchufleta; pero cuando tintinearon sobre los adoquines los puñados de plata que el doctor Aréjola tiró, cien cuerpos se curvaron codiciosamente, y los novios pasaron.

Parecía que *la señorita Occidente*, en el instante de dejar de serlo, recibiera el vasallaje de los suyos.

III

Habían llegado sólo dos cartas de los novios, desde París, reveladoras de una dicha voluble, cuando una mañana el doctor Aréjola se anunció á los señores de Jimeno, y, con escueto ademán, les tendió un cablegrama:

—¿Pasa algo malo?—le dijo la señora, sin atreverse á leer.

—¿Es de María Luisa?—preguntó el anciano, trémulo de ansiedad.

—No. Es de Filipinas... Los padres de Li, que iban á Fusan, en Korai, de donde son ellos, han perecido en un tifón.

—¡Ah!—dijeron los dos, respirando tranquilos.

Y, en seguida, ruborosos ante la mirada del doctor, añadieron:

—¡Pobre muchacho!

—Para él será una gran pena... ¡Inmensa! Será una llamada brusca á su verdadera vida... Y hay que avisarle sin pérdida de tiempo, porque tendrán que irse.

—¿Que irse?

—Sí. Para allá, á hacerse cargo de sus intereses.

Durante un momento quedaron en meditativa mudez, sorprendidos por las consecuencias de aquel naufragio lejano. La madre fué á un mueblecito y, sacando las cartas de la hija, en las cuales le hablaba mucho de diversiones y poquísimo de Li, se las ofreció al doctor, como si aquellos testimonios de ventura fuesen argumentos contra la desgracia imprevista.

—Mire usted. Lea... ¡Tan felices que eran!... ¡Y ahora!...

—Volverán á serlo, si lo son... Yo también tuve carta de Li: aquí está.

Y mostró un pliego de papel con escasas líneas de escritura microscópica, que parecía hecho á máquina. Agotadas las fórmulas ambiguas, él preguntó:

—¿No les parece que yo debo avisarle?

—¡Claro! Sí... Con precauciones... Tal vez fuese mejor prepararlo antes por carta.

—No, no. Hay que decirle toda la verdad... Entre nosotros es costumbre. ¡Uno tiene derecho á sus penas como á sus alegrías! Si he venido es porque tal vez ustedes tengan más derecho que yo, y...

—Nosotros, la verdad...

—Sí, sí. Comprendo... Era sólo una cuestión de cortesía por mi parte. Ahora mismo voy á ponerle el telegrama.

Y salió rígido, irónico, con un empaque altanero que hasta entonces no existió en él ó pasó inadvertido.

Cuando llegó la noticia a París, hubo de esperar, emboscada entre los dobleces de un papelito azul, á que María Luisa y su esposo regresaran del «Bosque». Llegaron en un carruaje. El descendió rápido para ayudarla á bajar. Vestía un chaquet claro y parecía menos enjuto. Ella irradiaba contento, salud, curiosidad por las cien formas nuevas de vida que se le ofrecían sólo por el hecho de sacrificarse y tolerar las cortas caricias y la cortesanía intachable de aquel hombrecito que colmaba todos sus caprichos. Subieron en el ascensor sin ningún presentimiento, y anduvieron durante algunos minutos por la habitación sin sospechar que aquellas palabras silenciosas encerradas en el telegrama deseaban transfundir su sentido. María Luisa, en su afán de no confinarse en el círculo íntimo, se había asomado al balcón para ver el afanoso ir y venir de la muchedumbre, cuando él cogió el despacho, lo abrió y lanzó un breve gemido gutural. María Luisa volvió la cabeza y lo vió tan pálido, tan pálido, que corrió hacia él impelida por el terror y por la lástima:

—¿Qué te pasa? ¿Qué es?...

En vez de responderle, él pronunció con rapidez, que contrastaba con su hablar despacioso, agitadas palabras de un idioma extraño. Su emoción era tan honda, que hubo de sentarse para no caer. Ahuecó las palmas de las manos y hundió en ellas el rostro. De pie junto á él, Ma-

ría Luisa veíale el cuello color ceniza y el pelo negrísimo é indómito. Y sin saber qué hacer, sin comprender siquiera aquel dolor del que apenas participaba, estuvo un instante indecisa. Luego posó su diestra sobre la dolorida cabeza y quiso consolarle. El la rechazó, sin brusquedad, pero la rechazó. Al cabo de un rato se puso en pie. Sus músculos ya habían recobrado la habitual tensión, y dijo:

—Tenemos que volver á Barcelona esta misma noche. Mis padres han muerto.

María Luisa cogió el telegrama y lo leyó varias veces, esforzándose subconscientemente en sacar de la dramática frase algo conmovedor. Sin poder evitarlo, pensaba más en las diversiones truncadas y en los trajes no probados aún, que en aquellos dos desconocidos ahogados en el remoto mar. Con sequedad imperativa, él ordenó:

—Hay que cerrar al punto los baúles. Yo voy abajo á disponerlo todo... El tren sale á las nueve.

Ella hubiese querido hallar un medio de diferir la marcha; mas cuando lo vió salir, se puso á cumplir su orden sin demora. Ni siquiera pudo analizar su sorpresa de verse mandada por él, hasta entonces sumiso; cuando la idea se fijó en su mente, ya el primer baúl estaba cerrado. Li volvió al poco rato. Nada quedaba ya que hacer y sobraba una hora. Del maletín sacó un cuadernito y escribió durante varios minutos carac-

res ininteligibles para María Luisa, que miraba á hurtadillas. Cuando terminó y tendió la vista en torno, ella notó que su alma volvía de un largo viaje, y le tendió la diestra. Li le dijo:

—¡Cuánto siento contrariarte, nena!

—¡Oh, no! Yo sí que siento tu pesar... Ya hace mucho tiempo que no los veías, ¿eh?

—Seis años enteros... Llegaremos á Barcelona pasado mañana y podremos tomar el vapor del diez y siete... ¡Qué extraño va á parecerme mi país!

Y quedó abismado en la remembranza, mientras María Luisa estrangulaba entre sus párpados dos lágrimas de sentido indescifrable, pero de pena honda, obscura, exenta de aquella cólera excitante y casi alegre sentida tantas veces en la discrepancia familiar. ¿Era miedo á dejar su tierra por otra desconocida? ¿Era vaga anunciación de la heterogeneidad de sus almas? Algo de las dos cosas.

Desde aquel instante hasta que estuvieron en el tren, el espíritu de María Luisa vivió sonámbulo dentro del cuerpo, arrastrado casi por el que una bendición y un contrato habían hecho su dueño para siempre. Cuando el convoy partió, y desfilaron ante sus ojos los suburbios, las campiñas cuidadas, las vastas extensiones de sombra donde brillaba á intervalos el oro de las luces, sintió de pronto, como una sensación de tibieza jamás vivida en él, el recuerdo de su hogar, y sonrió á la idea de que iba á pasar con sus padres algunos días. Igual que el paisaje cruzaba por la ventanilla del coche, la cinta de su vida anterior desarrollábase tras el cristal neblinoso de su pensamiento. De rato en rato, un bamboleo la arrancaba el sueño, y entonces veía frente á ella la figura rígida de Li. El no debió dormir en toda la noche, porque cuantas veces abrió María Luisa los ojos vió los suyos agudos y alertas entre los pliegues de piel amarilla. A la madrugada, le pareció volverlo á oir pronunciar con celeridad palabras misteriosas, y se estremeció. Li bajó de la rejilla una manta y le envolvió los pies. Ella, conmovida de gratitud, le dijo:

—Abrígate tú.

—Yo no tengo frío.

—¿Por qué no duermes?

—No puedo... ¡Ojalá!... He pensado en esta noche más que en toda mi vida.

Sin saber por qué, María Luisa traslució en la frase un dejo de reproche, y otra vez tuvo miedo. Al reconocer, ya cerca de Barcelona, sitios familiares, sorprendíala como algo inverosímil, estúpido, que el hombrecito amarillo fuera su compañero inseparable. ¿Era posible que al llegar á su casa no la dejase allí, como tantas veces lo había hecho, y no se fuera con sus cuatro amigos? Puesto que á él sólo satisfacíale adorarla vestida, delante de la gente, y sonreir orgulloso cuando sorprendía en otros miradas de admiración;

puesto que al quedarse solo con ella adquiría una torpeza embarazosa, fría, displicente casi; puesto que su cariño distaba tanto de la pasión á la vez carnal y espiritual soñada cien noches en



sus desvelos virginales y entrevista en clandestinas lecturas, ¿por qué no se resignaba en vez de ser su marido á ser su dueño, y no la dejaba *guardada* en España para recogerla á la vuelta? ¿Qué importaría aquella extrañeza de accidente en

medio de su extrañeza honda, total, no sentida por completo hasta entonces?

En el andén, un grupo de seis personas esperaba. El desbordamiento de ternura temido por los señores de Jimeno y por María Luisa, no se produjo. La diestra enjuta de Li estrechó otras cuatro manos amarillas sin prolongar ni un segundo más de lo común el contacto, y junto á esta urbanidad, la indiferencia curiosa de ellos no detonó. Por primera vez notó María Luisa que de Barcelona trascendía un leve olor á podredumbre; y, por primera vez también, encontró feas algunas calles. Ya en la casa, la madre puso empeño en demostrarle que la corte habitual de adoradores no había desertado al partir ella, y supo dar á las recepciones de pésame un aire galante. Había en esta impudicia tal menosprecio, tal provocación, que en vez del anhelado oasis, María Luisa encontró allí nuevo martirio y sintió impulsos de acelerar el tiempo para embarcar antes. ¡Una sola semana cuánto la había separado de aquel lugar donde pasó de niña á mujer! Hasta la voz de su padre parecíale otra. Sólo las cosas acogiéronla con familiar pasividad. ¡Y con qué gesto puro, férvido, acariciaba ella en sus soledades, mientras las voces parloteaban animadísimas en la sala, sus muebles, su mesita donde escribió los temas de francés, su cama blanca donde murieron tantas fatigas y nacieron tantos ensueños, su silla, su armarito...,

todo cuanto había dejado ya de ser suyo!...

Acaso sin ánimo de mortificarla, su madre solía entrar y decirle:

—Hija, te ha dado ahora por estar sola... Sientes el duelo más que tu marido. Eres la perfecta casada. Ya te consolarás allá con tus riquezas y tus esclavos chinos... Porque lo menos tendrás mil.

Y María Luisa no respondía nada, y se ocultaba en el rincón más penumbroso del cuarto para que no la viesen sufrir, envidiando aquella máscara de su marido que no tomaba nunca el gesto de las alegrías ni de las penas.

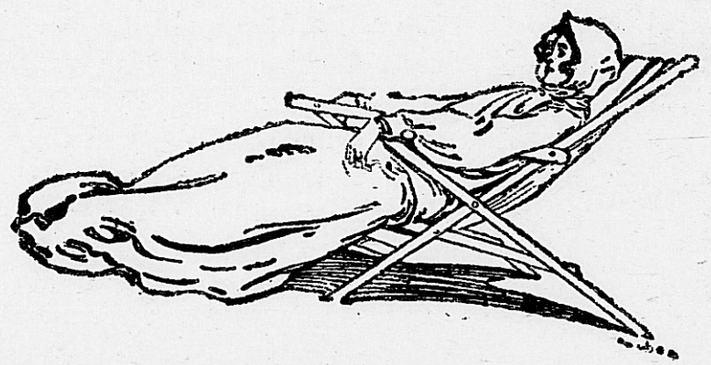
Cuando llegó el día de la marcha y se vió en el buque, rodeada de amigas, hubo de hacer enormes esfuerzos para no llorar. Hasta los menos íntimos inspirábanle un cariño repentino, anheloso. Hubiera querido hablar con todos de todas las cosas. Repiqueteó una campanilla y fué necesario separarse. Desde el muelle, el grupo le hacía recomendaciones, y, junto á ella, su marido hablaba con los cuatro filipinos algo apartados de los demás. Y cuando el buque lanzó un alarido terrible, María Luisa pensó que era su corazón el que se desbordaba; y cuando la mole empezó á moverse y dejó entre ellos y el muelle un vacío que se fué ensanchando, ensanchando, la vieron agitarse de súbito y romper en convulsos sollozos. Y no supieron nunca que su alma,

entre el tumulto de la partida, gritaba desesperadamente:

—¡No dejéis que me roben así!... ¡Yo me quiero quedar!... ¡Yo soy vuestra! ¡¡No dejéis que me roben así!!...

IV

Ella gustaba de colocar su silla hacia popa y de mirar la estela; él, siempre á proa, parecía querer anticipar los nuevos horizontes. Primero, durante muchos días, sólo existió en torno el mar, ya terso cual si lo cubriese una capa de grasa, ya intensamente azul y roto en innumera-



bles explosiones de espuma, ya torvo, denso, con ronca voz de amenaza, ya luminoso y ahondado por esmeraldinas transparencias; luego comenzaron las escalas anunciadoras del misterioso Oriente vivo ya bajo el híbrido occidentalismo

impuesto por la dominación inglesa. Port-Said, Suez, Adem la de las maravillosas cisternas, Colombo con su puerto artificial de rectilíneos brazos y su templo hindu, pasaron...

En el largo tedio del viaje, cada día le pareció Li á María Luisa más incomprensible; los mismos viajeros ignorados unos días antes y de seguro perdidos para siempre unos días después, antojábansele más cerca de ella. Ni un momento echó de menos su cortesía, su vanidad de dueño; fué ante todos el enamorado atónito frente á las gracias de su esposa. Pero aquella urbanidad incompatible con el goce íntimo persistía hasta cuando quedaban solos en el camarote. Su pudor ante ella era infinito: para mudarse de camisa ó realizar la menos bochornosa operación de aseo, esperaba horas y horas á estar solo, y pasaba irreprimibles angustias. Su orgullo de raza y su orgullo de sexo, mortificábanse con este desvío; y poco á poco, el trabajo de su conciencia que le gritaba: «¡Sólo á él tienes ahora en el vasto mundo!», y el de su carácter, hecho á triunfar con las armas del débil—seducción, mimos y súplicas—fueron los únicos que la impulsaron á acercarse á él. En este trabajo, al principio, apenas si los sentidos intervinieron; mas excitados por la cautelosa resistencia, concluyeron por exigir también su parte en la aventura. Y él se esquivaba, rehuía las frases de dudosa interpretación, fingía á maravilla no comprenderlas.

El día que iban á entrar en Manila, Li mostróse nervioso, emocionado. Desde que la tierra fué en el confín bruma indecisa, no se separó de la borda. Y en su rostro, los tonos claros de los alcores, las casitas minúsculas, las masas de arbolado, el índice del faro y los menores accidentes de la costa, reflejábanse como en un espejo de amor y le arrancaban exclamaciones de júbilo. María Luisa lo vió acariciar con la vista el paisaje, como á ella no la había acariciado nunca.

—¡Mira aquel vallecillo!... ¡Allí!... ¿Lo ves?

—Sí, sí—respondía ella, sin compartir el entusiasmo.

—Pronto se distinguirá la ciudad... ¡Ah! Ya verás... Tú no puedes comprender esta belleza.

Y junto á las palabras bien coordinadas, fluían de sus labios sonidos inarticulados, que á María Luisa antojábansele casi animados. Con el busto inclinado sobre la borda ansiosamente, dijérase que deseaba llegar á tierra antes que el buque.

En Manila fueron muchas personas á recibirlos: todos asiáticos. La miraban con curiosidad, sin cuidarse de la discreción, apartándose á pasos menudos para verla bien. Un pariente les ofreció su casa, pero Li rehusó y fueron á un hotel de tipo europeo. Argumentando en contra de nuestra lógica, él dijo al pariente para que dejase de instarle:

—No, no: estaremos dos días apenas. Gracias.

Y cuando subieron al coche del hotel, explicó al oído de María Luisa:

—Lo he hecho por ti.

—¿Por mí?

—Para que no estuvieras violenta... Su casa, á pesar de estar en esta ciudad que no es nuestra ya, es una verdadera casa tagala... Y tú no sabrías estar en ella. Ya aprenderás.

—Sí. ¡Claro!

Pero cuando María Luisa dijo esto, ya el alma varonil estaba ausente, y, sin duda, no hablaba para ella cuando musitó en tono de reproche:

—¡No debieron sacarme de aquí nunca!

Estas palabras le parecieron dichas contra ella, y, sin embargo, en seguida dejaron de punzarla. ¡Al menos salían ya de aquella cortesía desdeñosa! ¡Iba á surgir el hombre! Como María Luisa en París, Li dejó traslucir mayor interés hacia las cosas que hacia su acompañante. Ante cualquier rincón, ante cualquier persona de su raza, ante cualquier objeto antaño familiar, el júbilo resplandecía en su rostro. «¿Será venganza de mi irreflexiva grosería del viaje de boda?», pensó María Luisa. Y extremó con él las atenciones, y se puso á estudiarlo, á considerar por vez primera que era preciso realizar un esfuerzo para serle grata, poseída de ese sentimiento á veces rencoroso que no excluye al amor, enamorada casi. Y cuando en la soledad sonreía él y ella se

daba cuenta de que aquella sonrisa era para alguna imagen lejana, sentía celos.

Manila no le produjo impresión demasiado triste. Lo pintoresco, fruto del contraste entre dos civilizaciones en pugna, le interesó. Allí aún, la cuña del influjo europeo permitía establecer una especie de clarobscuro. En el hotel se cruzó con jóvenes americanos que le cedieron el paso y la galantearon con el mirar. Los vestigios de la colonización española y los progresos de la yanqui luchaban por absorber el elemento autóctono; y las modas, las costumbres, hasta las fisonomías, tenían algo de mezcla. Li protestaba á cada rato de eso, sin sospechar que «el defecto» constituía para María Luisa la disculpa única de aquella rara ciudad fuera del centro de sus recuerdos y de sus tradiciones.

A los tres días de estar allí, llegó de Luzón un viejo malayo, criado antiguo de la familia Ming. Era hirsuto, de largos bigotes caídos y piel cobriza, tan poco magra que se adivinaba la calavera. Vestía pantalón de rayadillo sujeto con un cinturón de bejuco, del cual pendía el bolo, corvo machete enfundado en tabletas de fibra. Había sido ayo de Li, y éste lo recibió con grandes muestras de respeto. Durante dos inmensas horas hablaron delante de María Luisa, sin ocuparse de ella, en la lengua natal. Sin duda le refería el viejo los últimos años de los náufragos. Cuando Li titubeaba, el viejo apuntábale el ol-



vidado vocablo. La voz ronca adquiría á veces inflexiones coléricas, y Li bajaba entonces los ojos. María Luisa comprendió en seguida que, á pesar de no mirarla, la aludían frecuentemente en la conversación. Al hallarse á solas con él, cometió la cándida indiscreción de preguntarle:

—El viejo no me quiere, ¿verdad?

—Me quiere á mí... Me tuvo de niño entre sus brazos... Y me ha dicho palabras duras, merecidas.

—Te ha dicho que no me debiste traer. Lo sé.

Li calló sin ver que la ansiedad del rostro de María Luisa se iba trocando en desaliento. De repente crispó los puños... Ella se asustó:

—¿Qué tienes, Li?

—¡Si me lo hubiera dicho otro en vez de él!...

—¿Pero qué te ha dicho?

Durante el medio minuto que tardó en surgir la respuesta, su vanidad de mujer, halagada siempre hasta entonces, le sugirió la ilusión de que el viejo habría desencadenado con alguna frase contra ella aquella cólera de su marido; y se quedó yerta al oirle:

—¡¡Me ha llamado extranjero!!

Y en seguida, como si quisiera devastar por completo el alma de su compañera, prosiguió:

—¡Y tiene razón!... Lo soy... Lo he sido sobre todo; y ahora mi deber para mis dioses y para mi patria es trabajar doble á fin de ganar los años perdidos... Si los yanquis nos hacen aquí

la vida imposible, me iré á Seul, y desde allí laboraré... ¡Ya sabrán de mí!... ¡Ya sabrán de mí!...

La mañana del día en que debían partir para Luzón, ella se levantó con los ojos áridos. Apenas había dormido, y en los intervalos del insomnio agitáronla pesadillas semilúcidas que persistían más acá del sueño. De haber encontrado siquiera una cara amiga, de seguro habría pedido socorro. Mientras descendían los equipajes y Li disputaba con los criados asiáticos del hotel, bajo la mirada benévola del viejo, ella, cual si estuviera en capilla, remontó el curso de su vida, y tuvo condenaciones para cien intemperancias, disculpó á su madre, pensó en la debilidad de su padre tiernamente, y recordó una á una á sus amigas. Hasta ciertos lugares—la Rambla de las Flores, la terraza de un hotel en Vallvidrera, el claustro de la Catedral—acudieron á su memoria como si tuvieran facciones humanas, y su desesperación asíase á las evocaciones, lo mismo que las manos de un ser que quisieran arrastrar hacia la muerte.

Uno de los criados á quien Li azuzaba debió decirle algo insultante, porque éste, de un salto felino, se llegó al viejo malayo, le arrebató el arma del cinto y, en otro salto, casi lo alcanzó. Con comprensión instantánea, María Luisa se dió cuenta de que le había llamado extranjero también, y cerró los ojos. A una voz del viejo, Li soltó el arma, abrazóse al infeliz y, mediante una

torsión ejecutada sin perceptible fuerza, lo hizo caer y barbotear frases de perdón, entre espuma y gemidos.

—¡Déjalo, déjalo!—gritaba ella.

Pero él tardó en obedecer, y cuando, al dejarlo, el criado quedó agitándose con estertor terrible, en las pupilas de agua del viejo y en las de Li brillaban cuatro llamas crueles, que á ella le parecieron las de cuatro blandones entre los cuales el cadáver de su aspiración á la dicha durmiera ya para siempre... ¡Para siempre!

V

¡Ah, las inmensas soledades en la casa ancestral, llena de antiguos muebles, de rampantes dragones, de tallas de una belleza horrible, de armas, de máscaras que perpetuaban espantosos gestos, y, sobre todo, de silencio, de un silencio avizor que parecía espiar los más sutiles secretos de su alma!

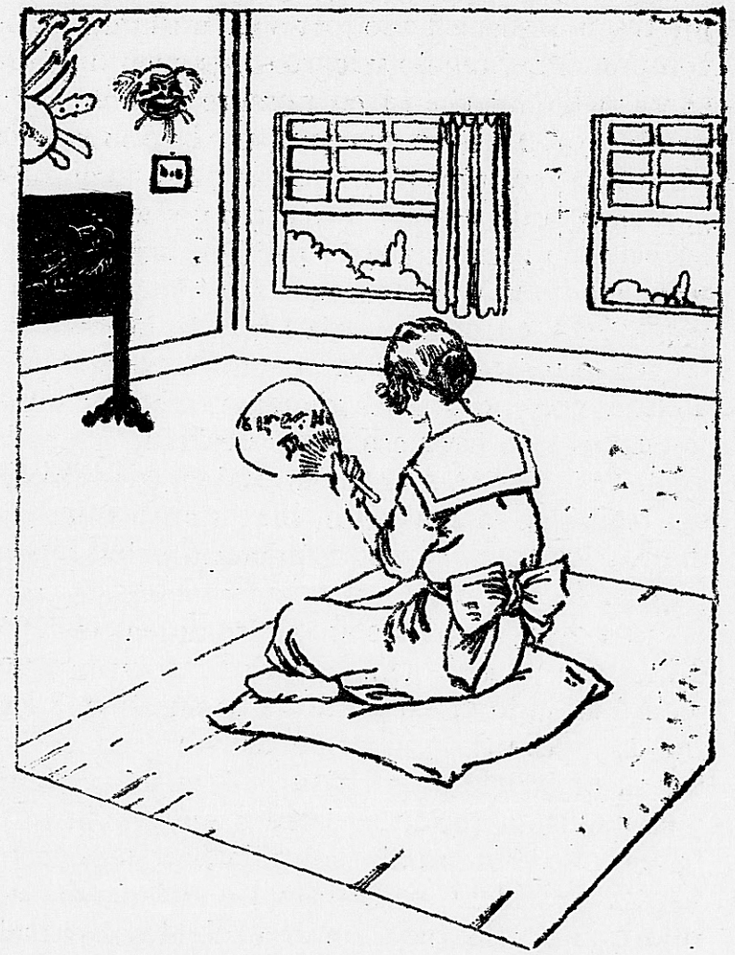
El clima templado, enervante, contribuía á debilitar la resistencia de sus músculos, único contén al progresivo desequilibrio de sus nervios. Algunos *bagnios*—tempestades bruscas que precipitaban torrentes de agua y herían la tierra con infinitos rayos—añadieron á la impresión adversa de seres y cosas la hostilidad de los elementos. Durante semanas enteras Li estuvo con el implacable servidor y tirano encerrado para examinar innúmeros papeles. Luego emprendieron excursiones por la carretera de Laog, y cruzaron muchas veces el Agno grande para dirigirse á algunas islas—Babuyanes y Macbate—en donde tenían los Ming dominios. Y ella apenas se atrevía á decirle:

—No tardes. Mira que me mustio de miedo en este abandono.

En los primeros días Li obligó al cocinero, tras prolijas explicaciones, á preparar algunos platos á gusto de María Luisa; mas no tardaron en ser raros y hasta en desaparecer. Y luego de pasar días de privación, hubo de otorgar la victoria al hambre contra la repugnancia, y de comer el cotidiano *pansig*, los manjares fantásticos de gusto dulzón, el arroz seco; las frutas resarcíanla mucho, y, á pesar de no ser glotona, llegó á comer con voracidad las mangas que trascendían á yodo y le chorreaban sensualmente la piel. Pero un día el viejo malayo, á quien ella creyese hasta entonces ignorante del idioma español, se acercó á decirle con capciosa respetuosidad:

—Las buenas mangas acabal ya pol esta época y las que quedal sel malas y nosotlos no quelel que coma pala que esté buena salud cuando vuelva á su tiela.

Ella le miró á lo hondo de los ojos para leer la intención, y nada pudo descifrar en las aceradas pupilas. Su instinto dictábale la urgencia de oponerse á aquella captación del alma de Li. El, siempre cortés, hasta dejaba de serlo cuando el criado estaba delante. Cada día, con hilos invisibles, el viejo tendía entre los dos una tela de araña donde las mariposas del mutuo atractivo quedaban prisioneras. Los contactos maritales, nunca frecuentes, espaciábanse cada vez más. Y María Luisa no los cortaba, menos por exigencia de los sentidos que por aconsejárselo su inteli-



gencia diciéndole: «Este será tu postrer reducto... ¡Defiéndelo!»

Mediante esfuerzos dolorosos realizados con un tesón insospechado por ella misma, llegó á comprender el tagalo y logró darse cuenta de que el viejo hablaba á Li en nombre de sus ascendientes, coléricos en sus tumbas al verlo renegar de la fe de su raza, de la pureza de su raza, de la supremacía de su raza. Los espió y pudo ver á Li anonadado mientras el viejo, flamígeros los ojos y flageladora la diestra, hablaba incansable, implacable. Y entonces María Luisa tuvo lástima y creyendo resarcirle, en la penumbra florida de la alcoba, pretendió hacerse tierna, lasciva; humillarse para obtener ese primer eslabón de la cadena del amor tras del cual los demás se anudan sin trabajo... Y fué inútil, inútil: ante su cuerpo maravillosamente bello y adolorido, los ojuelos pajizos se cerraban, cruzábanse sobre el pecho las manos, y los labios se contraían en un rictus desdeñoso, insensible... Y en los insomnios, tendida á su lado como un despojo sin alma, mientras él estaba dormido ó velaba sin dignarse notar su presencia, lloraba su belleza inútil, horas y horas, hasta que en los bordes del cielo insinuábase tenue claridad abrillantada poco á poco con toques de violeta, de carmín, de inflamado amarillo que barría toda sombra. Y el sol entraba muchas veces á mirar sus hondas ojeras y á alumbrar su tristeza sin alegrarla. En aquellas

noches supo María Luisa la inmensa cantidad de dolor que cabe en un minuto.

Nadie en el país dejaba de considerarla con antipatía. Sin duda el malayo ordenó que ninguno hablara castellano con ella, porque sus intentos hallaron siempre caras inexpresivas que no entendían ó fingían no entender. Las pobres tejedoras ilocanas que urdían prodigiosamente el lino á las puertas de sus cabañuelas, con los pañuelos anudados sobre la frente, jamás alzaron siquiera la vista para mirarla pasar. Sus conversaciones de día en día eran más raras. Llegó á sentir miedo de olvidarse de hablar; y hablaba sola, ante los espejos, ante las laqueadas superficies de madera donde cínifes y esbeltos lotos decorativos entremezclábanse á su imagen. A veces temía volverse loca y pasaba horas enteras esforzándose en recordar el timbre de voz de su padre, el sonido de la campana de Santa María del Mar, el pregón de una florista en la Rambla... Y lo mismo que el estómago se acostumbró á no contar con el paladar, el alma dejó de contar con la esperanza y con la dicha; el dolor dejó de tener oleaje, y adquirió la remansada quietud de las aguas muertas. Y los días pasaban, pasaban, pasaban.

Ya había aprendido á andar con los pasos tácitos de Oriente; y una noche observó que Li seguía con complacencia el ir y venir de la criadita filipina que los servía en la vida más íntima. Con

súbita clarividencia, María Luisa relacionó el hecho con otros observados antes: desde hacía tiempo Li se iba desprendiendo de sus costumbres europeas. Sus zapatos ya no eran los mismos, sus vestidos, tampoco... Hasta su modo de sentarse, de comer, de vivir, en suma, adquiría modo nuevo. ¿Nuevo? Viejo, mejor: no era que aprendía, sino que recordaba. Dijérase que los invisibles antepasados quitábanle cada noche un pedacito de aquel barniz puesto sobre su verdadero ser, durante seis años por Europa... ¡Ah! ¡El viejo malayo podía estar contento!

Pero al florecer la primavera, su alma se volvió á rebelar. Pensó en la posibilidad de un hijo, y quiso tenerlo á todo trance. Esta esperanza la despojaba de su timidez; y hasta la máscara imperturbable de Li alterábase cada vez que ella, saliendo de su orgulloso mutismo, lo recibía con mimos y frases.

—Has tardado mucho en venir... Hoy está el jardín maravilloso... Ya empiezo á querer esta tierra... ¿Verdad que cuando la quiera del todo tú me querrás también? No me acuerdo de Europa. Nada, nada, te juro que nada... ¿Y tú?

—No.

—Esta noche quiero que me des una lección de tagalo; verás cómo progreso... Si eres buen maestro, te premiaré... ¿Te acuerdas de nuestros primeros días en?...

—Sí.



—Has de escribirle a Aréjola y a Sakira y al bueno de Acayan... Los tienes demasiado olvidados.

—Son unos infames.

Y cuando á sus asaltos de palabras férvidas y volubles respondían nuevos monosílabos cortantes, deteníase anonadada; y su vista iba á acariciar los yataganes, los terribles *bolos*, las armas de dentadas hojas donde á la idea de la muerte asociábase otra aún más temible de lentitud y de crueldad...

Mas á las pocas horas su anhelo triunfaba de su experiencia, y se decía: «Voy á ponerme el mejor de mis vestidos, á rizarme el pelo, á reanimar el color de mi cara; y cuando venga haré que el viejo se vaya con cualquier pretexto y le echaré los brazos al cuello, lo besaré en la boca y no me sabrá resistir... Llegó á adorarlo, á desearlo, á esperar su presencia con agobios de enamorada. Y cuando él venía, todo era inútil: las llamas frías de sus ojos agostaban el jardín de la ilusión... Hasta concibió la idea absurda de buscar algo para teñirse la piel de amarillo á fin de atraerlo.

Una tarde, la criadita filipina tropezó al bajar el jardín y cayó sin hacerse daño. María Luisa estaba en un raro momento de optimismo, y de su boca se escapó una carcajada larga, cromática, musical. Li apareció en el extremo del pasillo y, furioso, gritó:

—¡No te rías así! ¡No te rías así!



Pocos días más tarde llegó á la finca una señora norteamericana á quien las autoridades de Manila recomendaban con imperativo interés. Era escritora, mujer madura de azafranada cabellera y escasísima feminidad. Al presentársela á María Luisa, su marido le dijo:

—Espero que la atenderás con esmero y que hablarás con ella mucho... de vuestras cosas.

Ella sintió el dardo de la ironía, mas siguió el consejo. Aquella mujer que en otras circunstancias hubiérale sido antipática ó indiferente, á las pocas palabras era su amiga íntima. Pasó con ella leves horas, complaciéndose en oir su propia voz y en ver el efecto que sobre otro rostro hacían sus palabras. Le besó las manos, la colmó de presentes, la hizo prometer escribirle, le contó su vida y su pesar en confidencias regadas con lágrimas. Los cuatro días que vivieron juntas, apenas si marcaron sensación de tiempo en el reloj del alma de María Luisa. Y cuando el coche se la llevó, carretera adelante, los votos mejores fueron con ella, y en el yermo de sus ilusiones floreció al fin una realizable: la de recibir carta suya y contestársela sinceramente, no como á su madre, á quien tantas páginas de dolor había escrito para después romperlas y substituirlas por otras de mentiroso orgullo.

Y la primera carta de la americana no fué balsámica. Con juicio sagaz, la escritora descubría el engranaje de los hechos sólo entrevistados por

María Luisa. En párrafos certeros, fríos, odiosamente inteligentes, como el bisturí que sin buscar la alianza del anestésico se complace en el dolor de la vivisección, la yanqui explicaba las causas del desvío y aseguraba, con pavorosa lógica, que era irreparable. «Al regresar y convivir de nuevo—decía—con la civilización que lleva en las venas, por atavismo superior á su voluntad se ha considerado un réprobo; y poco á poco su alma antigua despierta. Las actitudes raras que usted observó, el gradual despego de las ropas y costumbres de Europa, el odio á los amigos filipinos de allá, no son sino signos de ese fenómeno. La reaclimatación será absoluta; ya no volverá á ser occidental nunca más. ¿Sabe usted por qué cambió primero de cama y luego de cuarto? Porque usted le repugna. ¿Sabe por qué se indignó al oirla reir? Porque con esa risa le atrajo usted. Cuando miraba á la criadita filipina, se insultaba á sí mismo por haber olvidado que sólo los ojos oblicuos y la piel amarilla son bellos. A su gusto, nuestra belleza es fealdad; para él es usted un monstruo que lo arrastró al pecado. Si fuera morena como algunas de sus compatriotas y tuviese el pelo negro y obscura la tez, quizá aún cupiese esperanza; pero porque su belleza rubia representa para nosotros la idea del ángel, debe ser para él algo demoniaco. Dentro de poco la odiará todavía más que el viejo; y si usted no huye, cualquier día la mar-

tirizarán con una de aquellas armas verdaderamente chinas cuyo filo tocábamos con voluptuosa angustia... Huya, huya, *darling*, que allí no tiene nadie que la socorra.»

Al llegar aquí, María Luisa sintió subirle una congoja del pecho, torcerle la garganta, bordonearle las sienes, nublarle la vista. Le pareció que las fulgentes y dentadas hojas de acero separábanse de la pared, y que todas las máscaras la miraban. Dió un grito y cayó en tierra, primero convulsa, luego exánime. Así estuvo mucho rato, sola. Después entró el ayo terrible, la miró sonriente, cogió la carta, la leyó, la echó luego en un braserillo, esperó hasta verla consumirse y volvió á salir.

Sobre la crepitante ceniza corrieron durante varios segundos diabólicos puntos de fuego.

VI

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Y en medio de la sombra, muy á lo lejos, la esperanza vió un hilo de luz.

Huiría, sí. Su imaginación infecunda no sólo aceptó el consejo, sino el ejemplo de la carta. Resuelta, escribió á Li diciéndole que aquella vida le era imposible, que renunciaba ya al anhelo de serle grata y de vivir en suave compañía á su lado. Cuando dejó el sobre en un lugar donde forzosamente había él de verlo, la tensión de sus nervios tuvo una pausa. Muy en el fondo de su ser aleteaba aún la quimera de que, al leerla, comprendiese Li cuanto á pesar de no estar dicho quiso ella escribir y de que viniese á darle por respuesta uno de esos abrazos silenciosos en que los corazones laten al unísono y todo se perdona. El no llegó hasta la noche, y varias veces María Luisa pasó para ver albear en la penumbra aquel sobre que contenía su destino. Cuando, tarde ya, volvió á pasar y no lo vió allí, sintió una parálisis del alma. Las manos se le enfriaron; le pareció que su audaz insensatez merecía castigo, y fué á esconderse en el jardín... Se sorprendió de que las flores, el aire y las estrellas, no participasen de la anormalidad del suceso. Tras un grupo

de arbustos, estuvo largo rato en acecho. El miedo y las emanaciones frías de la tierra hacíanla estremecer. Pero el tiempo pasaba, y en la casa no se notaba nada insólito. ¿Cómo no la buscaba? ¿Cómo no se apresuraba él á contestarle..., fuese lo que fuese? Aquel desprecio la desconcertaba y hería. Desde su escondite vió abrirse las rosas é inclinarse las plantas con misteriosos movimientos... ¿Por qué no venía él? ¡La Naturaleza le descubría sus enigmas, y aquel hombre que la había poseído, que la había arrebatado, permanecía indescifrable ante su ansiedad!... Puerilmente, para no pasar ante sí misma el sonrojo de volver sin que nadie hubiese advertido su ausencia, se dió plazos. Contó hasta mil... Y cien más..., y doscientos. Al cabo, sus pies hicieron crujir la arena de la senda, y entró en la casa. Del recodo de uno de los pasillos surgió el malayo para decirle:

—El amo leyó. Ta muy bien, muy bien..., muy bien.

En la cara amarilla no había ni alegría ni amenaza ni reproche. ¡Las palabras servíanle á aquel hombre para ocultar el pensamiento!...

En su cuarto todo conservaba el aspecto monótono. Nadie ni nada querían darle un indicio de certidumbre. La idea de que pudieran asesinarla se cobijó en su temor, y fué á la puerta, escuchó el silencio, cerró con cuidado. El crujir de un mueble alzó en su corazón eco de angustia.

De pronto una ráfaga misteriosa barrió el pavor, y su alma quedó llena de serenidad. Volvió á levantarse y abrió la puerta. Luego se tendió sobre el lecho, juntó las manos, y... cuando abrió los ojos hacía ya varias horas que lucía el sol. ¡Cuánto tiempo hacía que no lograba dormir así!

El sueño fué tan reparador, que sintió el cuerpo ágil; y el drama de su vida, en vez de esperarla en el umbral de la conciencia, á la puerta misma del sueño, como tantas veces, tardó cinco maravillosos minutos en surgir del olvido. Tendió la vista en torno y encontró un sobre. Dentro, sobre una hoja de papel de arroz, una sola palabra enigmática: «Espera.» Pero esta vez la intuición traspasó las brumas del equívoco, y María Luisa no interpretó aquel imperativo dilatorio en ningún sentido que cambiara la órbita fatal de su existencia... Sabría esperar. Viviría fantasmalmente unos cuantos días aún. ¡Qué más le daba!... Dos días después oyó decir á la criadita que el amo partía para Calaguas, y temió verse obligada á consumirse en la incertidumbre hasta su regreso. Mas, por la tarde, un abultado sobre hizo acelerar la marcha de su corazón... ¡Ah! ¡Ni siquiera quería despedirla!... No tenía ni una sola palabra de disculpa... Todo estaba en regla, todo estaba previsto. La generosidad quedaba á salvo... Dinero en abundancia, carta de crédito para recibir una renta, licencia marital para poder vivir donde quisiese, y unas líneas, traza-

das sin el menor titubeo, diciéndole que el malayo iría á conducirla hasta el buque y que debía partir sin demora.

Su pena, en lugar de aumentar, escondióse tanto en el fondo de su ser, que ella misma creyó que ya tenía exhausto el manantial de los dolores. Una actividad febril apoderóse de ella: sacó los baúles, dispuso la ropa, titubeó antes de guardar las magníficas kimonas de seda regaladas por él; y, al cabo, se encogió de hombros y desechó el escrúpulo. El dinamismo la absorbía tan por completo, que ni pudo analizar la amargura despectiva de aquella separación en la cual ninguno de los dos pudo sospechar al verse la última vez que no volverían á estar más frente á frente. Dos horas después de leer la carta estaba dispuesta. Llamó al malayo y le dijo:

—Puesto que usted ha de acompañarme, ya podemos irnos.

—Bien, bien... En seguida malchal... Media hola sola y ya voy.

Mientras él preparaba el coche, María Luisa fué á la alcoba y rompió un retrato cuyo que el primer día colocara sobre un mueble antiguo. Luego salió á cortar flores. Desde el jardín, la casa, bajo el día nuboso, tenía aspecto triste. Tras una ventana, varios rostros—sin duda la servidumbre—la asaeteaban. El coche apareció en el camino y se detuvo ante la puerta. Pusieron los baúles arriba, y el malayo, con cortesía



de impecable servidor, la ayudó a subir. Cuando partieron, algo se dilató en su pecho. La casa, la finca quedaban detrás como una prisión. El sol, entre desgarrones de nubes, alegró de pronto el paisaje. Y María Luisa respiró con tal contento físico, que el malayo le dijo:

—Yo también tal contento... Todos contentos... Mejol así.

El paisaje se volvió á obscurecer, y aquella idea de estrenar de nuevo la vida, que subconscientemente daba á su júbilo algo de infantil, fué desvaneciéndose. Varias veces el malayo pretendió hablar, pero ella quedó muda. ¡Al fin saboreaba siquiera un mísero granito de venganza!... ¡Tantas veces como quiso ella hablarle sin obtener ni aun la certidumbre de que la había entendido! Hubiese querido hacerle un desprecio más ofensivo aún, pero no se atrevió: todavía se consideraba bajo su férula. Y no se juzgó libre hasta hallarse en Manila, en el regalo casi occidental del hotel, hasta que escuchó voces fraternas en el comedor, en el salón..., donde estuvo hasta muy tarde, temerosa de encontrarse á solas con su pensamiento entre las paredes del cuarto.

El malayo recogióse en sí mismo y fué un criado respetuoso, indiferente. Sólo una vez volvió á dirigirle la palabra: cuando ella le indicó que no era preciso que esperara hasta verla embarcar.

—Tengo olden de dejala en el balco... Tengo olden.

Y la cumplió. Al salir el buque, ella lo vió empequeñecerse poco á poco en el muelle, y hubo de hacer un esfuerzo para no gritar: «¡Soy libre, soy libre!» Con alocada prisa recorrió el buque, entabló conversaciones que truncó para ir á anudar otras, y dió, con su actitud, á varios jóvenes la esperanza de un viaje divertido. Poco después la tierra era en la distancia bruma sin contorno, tragada lentamente por el mar. Y entonces, cuando el alma volvióse á sentir entre los dos inmensos círculos azules, el paréntesis dramático se cerró en su conciencia, y el porvenir dejó de ser la quimérica imagen de ventura fabricada por el espejismo y por el dolor.

—¿Baila usted?—dijo una voz de hombre á su lado.

María Luisa estaba tan dentro de sí, que la voz, tras medio minuto de espera, decidióse á preguntar otra vez:

—¿Quiere usted bailar, señorita?... Están tocando en el salón.

—No, gracias.

El tono de la respuesta debió sorprender al galán, que venía seguro del triunfo. Algo anormal revelaba su rostro—según dijo él más tarde—, cuando no se atrevió á insistir. De nuevo sola, María Luisa meditó con horror en el pasado y pensó, también con horror, en el futuro. Con la imaginación veía las escalas del regreso: Singapoore, Adem, Colombo, Suez... ¡Barcelona! Y

allí, el hogar que ya se habría acostumbrado á su falta, la debilidad paterna, la aberración maternal de volver la espalda á la vejez... Y con los sentidos del presentimiento, vió las caras burlonas, oyó los reproches, las irritantes frases compasivas, las indirectas... Comprendió el peligro de su situación anormal, comprendió que iba á ser un obstáculo; y cual si quisiera hallar una imagen sintética, miró la estela con miedo, miró el horizonte hacia proa aún con más miedo, y hubo de bajar los ojos para no ver sino el pedacito de tabla movediza que pisaba.

La tarde era roja á poniente y negra ya en el opuesto confín. Un desaliento infinito nubló los caminos transversales de la situación, y dejó sólo el camino recto, color de ceniza. Toda la amargura del mar llenóle el corazón. El viento gritaba entre los cordajes. De la cámara, á intervalos, llegaba la rota melodía de un vals muy antiguo, muy cursi, muy triste. Lentamente, María Luisa fué hacia la barandilla de popa, recordó una carta de su casa donde le decían que habían quitado sus muebles de soltera para instalar un cuarto de baño. Este hecho fútil constituyó el postrer eslabón. Su vida aparecióselé como una cuerda tensa sobre un precipicio: de un lado de la línea estaba Li, del otro aquella bañadera desconocida que se parecía á un féretro... En la soledad obscura, tuvo el gesto de repeler una tentación; y después, el cuerpo se empinó, hizo un rígido balancín en la baranda y cayó sin ruido.

Nadie la oyó gritar; nadie la vió caer. La hélice, por misteriosa solidaridad con aquellas armas que la habían dejado escaparse, la hirió en el aire. Giró un momento como en una rueda de martirio, y luego desapareció en la noche, en la nada.





Una cucharadita en cada copa

de **HIPOFOSFITOS SALUD** asegura el apetito, la salud y el vigor de la familia.

Al instante de tomar este agradable reconstituyente, es notabilísima la transformación que ejerce en las naturalezas débiles y anémicas. La sangre, bien saturada de hierro, se vigoriza con rapidez, la nutrición se acelera y la inquietud mental deja sitio al placer de la salud reconquistada.

¡Cuántos hogares son dichosos, gracias al incomparable vitalizador

JARABE DE HIPOFOSFITOS SALUD

32 años de éxitos crecientes

Unico aprobado por la Real Academia de Medicina

AVISO. Rechace usted todo frasco donde no se lea **HIPOFOSFITOS SALUD**, impreso en tinta roja.

En la Argentina pídase **HIPOFOSALUD**.

PUBLICACIONES
DE
PRENSA GRÁFICA

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

